

EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Miércoles 26 de Abril de 1916

Organo de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO)

Año XVII.—Núm. 1664

"Cristo vive, reina e impera"

EL AMIGO DEL OBRERO

UNION EN HONOR A CRISTO RECTOR
(EL 1.º DE ABRIL DE 1916)
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Redacción y Administración:

MEROEDDES, 947

Teléfono: La Uruguay 2107 (Central)

MONTVIDEO

REDACTORES

Don LUIS P. LENGUAS

Y MIGUEL PEREA

SECRETARIO DE REDACCION

JUAN NATALIO QUAGLIOTTI

CORRESPONSALES:

En PARIS: François Veullot.

En FRIBURGO: Max Turmann.

SUSCRIPCION

Capital, por mes \$ 0.20

Interior, semestre adelantado " 1.20

Exterior, semestre adelantado " 1.80

AVISOS

Pídanse precios a la Administración

por avisos en 3.ª y 4.ª página, a una

columna o más columnas, por centí-

metros de altura.

La Administración no aceptará cual-

quier aviso que se le presente: se re-

serva el derecho de rechazar los que

crea conveniente.

EL AMIGO DEL OBRERO no admite

publicaciones de redacción pagadas.

Agentes en todos los pueblos del in-

terior.

Se reciben suscripciones en las casas

parroquiales.

Administrador: Horacio Campodónico

Círculos Católicos de Obreros

existentes en el país:

Montevideo, calle Minas 1244 —

La Unión — Villa Colón — Villa del

Cerro — Paso del Molino — Guada-

lupe — Las Piedras — Pando —

Salto — Mercedes — Fray Bentos —

Minas — Durazno — Trinidad — Ro-

cha — Paysandú — San José de Ma-

yo — San Carlos — San Fructuoso —

Nueva Helvecia — Treinta y

Tres — Florida — Santa Lucía —

Sarandí Grande — Santa Isabel —

Rosario — Maldonado — Santa Rosa

(Canelones) — Rivera.

Oficina del Consejo Superior de los

Círculos: Mercedes 947.

INDICADOR CRISTIANO

Miércoles 26 — Stos. Cleto y Marce-

lino, mr., Nuestra Señora del Buen

Consejo.

Jueves 27 — Stos. Anastasio p., To-

ribio, arz. y el beato Pedro Canisio.

Viernes 28 — Stos. Pablo de la Cruz,

Vital y Eusebio, mrs y Prudencio,

Sábado 29 — Stos. Secundino, ob.

Pedro de Verona, Emiliano, mrs. y

Paulino, ob.

Comunión Pascual

Todo cristiano que haya llegado a la

edad de comulgar, tiene obligación, bajo

peccado grave, de hacer la Comunión

Pascual.

Esa Comunión puede hacerse cual-

quier día, desde el Domingo (20 de Fe-

brero), hasta el día del Sagrado Corazón

de Jesús (30 de Junio).

Días de ayuno

Ayuno con abstinencia.—Miércoles de

ceniza: 8 de Marzo.—Viernes de Cuares-

ma: Marzo 10, 17, 24, 31; Abril, 7, 14,

21.—Jueves Santo: Abril 20.

Ayuno sin abstinencia.—Viernes de

Adviento: Noviembre 8, 15, 22.—Miér-

coles de cuaresma: Marzo 15, 22, 29;

Abril 5, 12, 19.

Días de abstinencia solamente

Vigilia de Navidad: este año toca el 23

de Diciembre.—Vigilia de Pentecostés:

Junio 10.—Vigilia de la Asunción: Ago-

sto 14.—Vigilia de San Pedro y San

Pablo: Junio 28.

NOTAS. 1.ª En el desarrollo de la mañana

se puede tomar leche y lacteos, pero no

bebidas, guardando siempre la cantidad autori-

zada. 2.ª Se puede promiscuar en todos los días

una en Cuaresma, Adviento, etc., pero en los

días de ayuno que se indicaron más arriba.

Lectura recomendada:

Recomendamos la lectura de los si-

guientes artículos:

"CARTA DE PARIS"—"El Corazón

de Francia".

"La Instrucción oficial"

"Al Acaso"

"Notas del día"

"Unión Cívica del Uruguay"

"Inocencia y Piedad"

Este periódico se imprime en la

Imprenta Latina: Florida 1632

RENOVACIÓN SOCIAL

La resurrección gloriosa del Señor evoca en nuestra memoria aquellas célebres palabras de San Pablo en su Epístola a los romanos: "Si el espíritu de Dios reside en nosotros, en virtud de este mismo espíritu de que estaremos animados, Dios que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, resucitará también nuestros cuerpos y nos asociará a la inmortalidad de su propio Hijo".

He aquí la ley que preside toda resurrección del hombre tanto en el orden físico, cuanto en la vida del espíritu, así en la esfera del individuo como en el orden social. Por obra del espíritu divino resucitarán nuestros cuerpos cuando, obedientes a la voz de Dios, rompan las ligaduras de la muerte y abran las fosas de los sepulcros para comparecer en el supremo juicio. Por virtud de Dios nuestras almas, muertas bajo el golpe del pecado, resucitarán victoriosamente a la vida esplendorosa de la gracia. También por arte maravilloso del poder divino que redimió a los hombres y a los pueblos, las sociedades enfermas o muertas por el naturalismo corruptor que gangrena sus entrañas, han de resucitar a la vida del bienestar público, del progreso temporal y de la paz cristiana.

En vano intentaríamos conseguir la renovación de la sociedad con artificios puramente humanos. Ni las habilidades de los hombres, ni las combinaciones políticas, ni el empleo de la fuerza pueden lograr aquella restauración social que, comenzando por la vida íntima del espíritu, se espasee luego al exterior, como de la esencia misma de las flores brota el aroma y la fragancia que embalsama el ambiente.

Si las virtudes cívicas que conducen a la sociedad hacia su elevación y perfeccionamiento no han de ser palabras vacías de sentido o fórmulas convencionales que encubran un fondo de ambición, de concupiscencia y de podredumbre, es preciso que resulten como el ropaje exterior, como la vestidura con que en la vida pública se atavian las sólidas virtudes cristianas, que tienen sus raíces en las profundidades más sagradas de la conciencia, y prodigan sus sasonados frutos en medio de los laberintos más intrincados de la compleja y confusa sociedad.

Las tres virtudes fundamentales del catolicismo, la humildad, la paciencia y la caridad, son las tres fuentes copiosísimas de donde mana a raudales la única savia capaz de devolver a la sociedad presente la vida próspera, fecunda y lozana que en otro tiempo gozó.

Por la humildad, los pueblos y las naciones han de dirigir suplicantes sus ojos hacia Dios y hacia la Iglesia para que descienda sobre nosotros el espíritu sobrenatural, y a semejanza de lo ocurrido en todas las crisis supremas de la humanidad a través de la historia, sea también ahora la Religión el bálsamo saludable que libre a la sociedad del salvajismo, y salve del naufragio a la civilización cristiana.

En la paciencia cristiana hemos de adquirir la fortaleza indispensable para resistir los contratiempos y las persecuciones que acarrea la defensa del Catolicismo. El sacrificio propio, la abnegación generosa y la lucha hasta el heroísmo constituyen el precio a costa del cual podemos rescatar a la sociedad presente de las garras del paganismo.

Por último, la caridad sublime que anega en un diluvio de amor y de beneficios espirituales y corporales todo el odio, el rencor y las pasiones que ha encendido el furor de la impiedad, podrán arrancar a este siglo del egoísmo bárbaro y de las contiendas brutales en que todo se entrega al despiadado triunfo de la fuerza ciega.

Enfrente de la neutralidad estéril o imponente, del naturalismo impio y degradado, y hasta de la fe tibia y vergonzosa, relegada a la soledad del templo o el interior del hogar, debemos los católicos poner la esperanza de la resurrección social en la eficacia irresistible del espíritu de Dios, en nombre del cual habremos de decir a la sociedad presente aquellas palabras del Pontífice San Remigio a Clodoveo al administrarle el bautismo: "Dobla tu frente, y cambiando tu fie-

reza en dulzura, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado".

La instrucción oficial

Nadie puede poner en duda que en toda sociedad es indispensable la instrucción de sus miembros y que, por lo tanto, todos los que la componen tienen el interés y el deber de propender a su generalización por todos los medios, ya individual, ya colectivamente.

El Estado, que no es ni debe ser exclusivamente un *gendarme*, guardián del orden público, sino que tiene además fines secundarios (que son, sin embargo, limitados, y que en estos últimos tiempos se ha querido extender desmesuradamente) debe también, por lo mismo que tiene que preocuparse por todos aquellos problemas que revistan una importancia verdaderamente vital para la sociedad, tratar por los medios a su alcance de favorecer la instrucción pública, de procurar que todos los ciudadanos se instruyan y, permitiéndolo las circunstancias, llegar si es preciso, a inculcar a todos los habitantes la obligación legal de instruírse, de adquirir un mínimo de conocimiento que, en la vida actual de las sociedades, es de todo punto indispensable para el cumplimiento libre y perfecto de la misión que cada uno debe desempeñar en la sociedad, sea cual sea el campo en que quiera ejercitar sus actividades.

Sobre el deber del Estado de favorecer, de fomentar y en ciertos casos, hasta de hacer *obligatoria* la instrucción, no caben, pues, discrepancias.

Pero surge inmediatamente una cuestión: ¿Debe el Estado limitarse a favorecer, a fomentar a ayudar al desarrollo y a la generalización de la enseñanza, o debe enseñar él mismo, convirtiéndose en maestro de escuela, en monopolizador de la enseñanza, en el fabricante de programas, sistemas y normas cerradas de enseñanza a los cuales deban necesariamente ajustarse todos los habitantes del país?

Un momento de serena reflexión, hará comprender claramente que el Estado no es ante todo para enseñar, o por lo menos, no es ante todo para la enseñanza de una gran cantidad de materias esenciales cuyas bases fundamentales son objeto de serias discusiones por los hombres de ciencia.

La enseñanza debe consistir en la transmisión de la *verdad*. Para nosotros, los católicos, la Verdad absoluta y eterna, el principio de toda ciencia y todo conocimiento humano, es Dios y de él derivamos lógicamente y racionalmente todos los conocimientos que es dado alcanzar a la inteligencia humana. Para nosotros, pues, toda instrucción debe tener en su base el conocimiento de Dios y de las verdades que el mismo Dios ha revelado. Siendo nuestro país oficialmente católico, por su constitución veneranda, y siendo la inmensa mayoría de sus componentes, católicos, la instrucción que diese el Estado debiera ser a todas luces católica, esto es, tener por fundamento la existencia y el conocimiento de Dios y de todas las verdades divinas. No puede haber verdad contra verdad; y por lo tanto, ninguna rama de la instrucción puede olvidar ni mucho menos contradecir en lo más mínimo la existencia de esas verdades fundamentales y axiomáticas.

Pero, generalicemos un poco; concedámonos por un momento que la mayoría del país no fuera católica; hasta supongamos un estado en que la mayor parte de sus habitantes carecieran de creencias definidas sobre las cuestiones fundamentales de la vida y sobre los primeros principios de toda ciencia. ¿Cómo podría el Estado arrogarse la facultad de decir: yo os voy a enseñar la verdad; la verdad es ésta y vosotros todos tenéis que conocerla y ajustar toda vuestra educación y vuestra preparación para la vida individual y social a estos principios que yo os señalo? Quién ha dado al Estado, ese ser eternamente voluble, perpetuamente variable y hasta podríamos decir, constantemente ignorante,—esa infalibilidad para distinguir la verdad en todas las cosas, cuando los hombres más sabios, los que han pasado gran parte de su vida consagrados a la investigación y a la meditación disentan y discuten siempre sobre cuestiones que se presentan al espíritu claro y axiomáticas? Y además ¿quién es el Estado, sino lo que son los pocos hombres que lo dirigen, que poco duran por lo general, y que tienen ideas distintas, siempre, sobre las cuestiones más vitales? ¿Cuál será su criterio, si no el de estos fabricantes de programas, perennemente modificados?

Además, aún cuando el Estado consiguiera—lo que es una utopía—esa infalibilidad que sólo al Papa, representante augusto de Dios en la tierra, le ha sido concedida, todavía no habría seguridad de que su enseñanza fuera buena; pues es sabido que, cuando sea verdad que el conocimiento perjudicará a su estabilidad—nos referimos al gobierno—torcerá los rumbos de la enseñanza, con perfecta mala fe, anteponiendo sus bajas miras políticas al mejoramiento e ilustración del pueblo.

No hay ciencia sin Dios. No hay instrucción alguna, verdaderamente sólida y eficaz, donde no hay conocimiento de Dios y de sus dogmas sacrosantos. La instrucción, pues, debe empezar por el conocimiento de estas primeras verdades y debe continuar y completarse siempre de acuerdo con esas verdades inmutables y eternas.

Pero si el Estado debe velar por que todos los habitantes manden a sus hijos a la escuela o les enseñen ellos mismos los conocimientos más elementales, nunca puede obligarlos a mandarlos a determi-

nadas escuelas a estudiar determinados programas, y según determinados sistemas de enseñanza. Esta es la mayor tiranía que un Estado puede ejercer sobre los ciudadanos; la tiranía de las conciencias. Sin embargo, los *libre-pensadores* que nos gobiernan en la mayor parte de los países civilizados, quieren imponer su instrucción sin Dios, negación de toda verdad y causa de todos los innumeros males que afligen hoy a los pueblos.

Y si es una tiranía imponer por la fuerza esa instrucción, es también una tiranía imponerla por medios indirectos, haciendo contribuir a todos los habitantes al sosten de esas tituladas *escuelas neutrales* y persiguiendo en ellas a todo lo que habla de Dios y de sus Verdades Eternas. Es una insostenible tiranía de las conciencias la que se ejerce sobre esos niños que, por no tener recursos para asistir a las escuelas donde se enseña la fe de sus padres, tienen que concurrir a escuelas donde no sólo no se les habla de Dios, sino que se les enseña a negar su existencia y a prescindir de él en la explicación de todos los fenómenos que son objeto de su estudio.

Esta *neutralidad* no existe ni puede existir. Cuando no se está con Dios, fatalmente se está contra Dios. Entre nosotros el Estado, que se dice *neutral* en cuanto a la instrucción, sostiene con los dineros del pueblo, con los dineros de los católicos una cátedra desde la cual, con el prestigio más o menos oropelado de un nombre de *sabio y filósofo*, se ataca a la Religión Católica, se niegan sus verdades y se ridiculizan sus dogmas, con tanta petulancia como inconsistencia, pronunciando frases como sentencias, sin probar nada y sugestionando a los innumerables tontos, que siempre abundan, con el dogmático: *magister dixit*.

Quisicosas

Decía "El Plata", días pasados, que solo los que no habían logrado deslucirse del sarampión del sectarismo, podían morarse de Jesucristo y sus enseñanzas.

Y la verdad; a esta altura de progreso científico que ha alcanzado ya el mundo, salíen con insultos contra Jesús, aunque no habíamos más que de tejas abajo, es una de esas majaderías, que solo denuncian una sesera de adopción en combinación con una voluntad terca como burro de arriero.

Y con motivo de los días santos, el diario de las semperitas gracias a base de sal gruesa, sacó como todos los años sus patas de la alforja, para desahogarse a su gusto.

Ya no es sarampión, el mal que aqueja al tremendo colega; es una viruela negra de la peor especie que no hay remedio que la cure.

Para él todo es cuento: cuento Jesucristo, cuento los evangelios, cuento los Apóstoles, cuento la Iglesia. En fin, cuento todo, menos el colegio y la pelfulla.

Que ¡porqué no tratamos de sacarlo de su error, a ver si lo deja en paz esa viruela anticlerical que le va descomponiendo la figura?

Hombre! ¿Se imaginan ustedes que sea cosa fácil convencer a un cargamento de cantos rodados?

¡Cualquier día!

Ni que tuviéramos en casa a nuestra disposición las geniales aptitudes del doctor Simón para saltar por esos mundos de la prensa a un *Primus* en controversia tirada con su *Secundus*, ganando las inteligencias y arrastrándose las voluntades de todos sus lectores.

Nada! Ni con esas admirables dotes conseguiríamos convencer a los sapientísimos meollos de aquella redacción, para que dejaran de una vez por todas de escribir sandeces, en cuanto tocan cualquier punto de materia religiosa.

Y qué hablan de escribir sobre asuntos tales, sino racimos de tonterías cuando están revelando a cada momento su crasa ignorancia en la materia?

Es aquello de que "blasfeman lo que ignoran".

Bueno: que les aproveche.

El Mudo.

SEMANA SANTA

Los cultos celebrados

En todas las Iglesias de la capital, se han celebrado con gran esplendor los cultos de Semana Santa, asistiendo a ellos un número extraordinario de fieles.

Los sermones de Institución, de Pasión, de Agonía, Siete Palabras y Soledad, han sido en general notables, no sólo por lo fervorosos y sentidos al mover la piedad de los fieles y penetrar al mismo tiempo en los cerebros y en los corazones, sino por su belleza y galanura de forma. Entre muchos otros, han llamado la atención los pronunciados por el Pbro. doctor Luis Hargain, por Monseñor Eusebio De León, el Pbro. Germán Vidal, el Pbro. Zerbi, el Reverendo Padre Cerol, el Reverendo Padre Buil, etc. etc.

El piadoso ejercicio de la Hora Santa ha sido reado en varias iglesias con especial recogimiento, pidiéndose fervorosamente por la paz universal, que es don tan necesario, y por la cual el Sumo pontífice Benedicto XV pidió encarecidamente a todos los católicos rogaran unidos, muy especialmente en el día de Viernes Santo, en que se conmemora la dolorosa pasión que sufrió Jesús por el amor de los hombres.

Es de esperar que el Sagrado Cora-

zón habrá escuchado conmovido la súplica que de millones de corazones católicos ha subido ardiente y angustiosa hasta El y querrá detener la mano de su castigo sobre los hombres, permitiendo que muy pronto el iris de la paz brille de nuevo al mundo.

AL ACASO

Dichos y hechos

Leemos en un diario católico español:

"Bajo secreto de confesión ha entregado al Tesoro el Reverendo Padre Francisco García, Procurador General de los Dominicos, la cantidad de 3.500 pesetas que ha recibido en calidad de restitución a la Hacienda pública."

No vamos a poner de manifiesto los consuelos inefables de la confesión para la persona que practica ese sacramento, ni queremos hacer notar la purificación social que ella aparea. Nuestros lectores católicos conocen bien eso; los lectores liberales, tienen ahí el ejemplo que es más elocuente que un discurso brillante.

Pero si, se nos ocurre pensar que el Ministro de Hacienda señor Cossío, haría bien en meditar algunos instantes ante esa noticia.

El gobierno español, por uno que se confesó, recuperó para la Hacienda pública, 3.500 pesetas. ¿Porqué no calcula el señor Cossío lo que recuperaría nuestro gobierno, para la Hacienda nacional, si tantos y tantos funcionarios públicos como han habido, se confesaran contritos y arrepentidos, con propósito de enmienda y devolución de lo ageno?

Creemos que con unas confesiones bien hechas se podrían suprimir algunos impuestos que agobian a la población.

Pero lo malo para la Hacienda nacional es que esos que debieran confesarse son enemigos de la confesión; por algo la odian.

Medite el Sr. Cossío en la fuente de recursos que tendría estableciendo la confesión obligatoria...

...

Ninguno de nuestros periodistas de oposición ha sabido hacer del señor José Batlle y Ordóñez, el retrato fiel, exacto, en uno de los tantos pírrafos que han escrito para combatirlo y exacerarlo; ni tampoco ninguno de sus panegiristas ha conseguido presentarlo con verdad, en unas breves líneas.

Solo un hombre, extranjero y ya muerto, que no conoció ni pudo conocer al señor Batlle, ha conseguido retratarlo con maravillosa exactitud, en un breve pensamiento. Es la fuerza del genio, es el poder del pensamiento humano abismado sobre las miserias de la humanidad. El retratista genial es Lamennais. Leyendo sus buenos pensamientos, editados por el publicista católico francés Víctor Giraud, tropezamos con este que ponemos rápidamente ante los ojos de nuestros lectores:

"Cuando a fuerza de razonar sobre las creencias se han obscurecido todas las ideas, si pasa un capricho por la cabeza de un hombre en el poder, ese capricho se llama una ley. Es bueno saber esto hoy, a fin de entenderse, y de hacer saber algo a la sociedad".

No podía estar mejor sintetizada, en otro pensamiento, la estructura moral e intelectual del señor Batlle, con su obscuridad en todas las cuestiones y sus caprichos para resolverlas.

...

He aquí un telegrama conmovedor:

"PARIS, 16 — Extraemos el siguiente pasaje de la conmovedora y patética contestación del Cardenal Mercier a la nota del general Von Bissing:

"No es sin profundas meditaciones que hemos denunciado al mundo las calamidades de las cuales nuestros hermanos y nuestras hermanas están abrumados, calamidades horribles, crímenes atroces los cuales la fría razón se rehúsa a admitir el trágico horror, pero si no lo hubiéramos hecho, no nos hubiéramos considerado dignos de ser el sucesor de los apóstoles que han evangelizado la Galia y la Bélgica."

"Belga, hemos sentido los gritos de dolor de nuestro pueblo: Patria, hemos querido curar las heridas de nuestro país; Obispo, hemos estigmatizado las maldades cometidas con nuestros sacerdotes inocentes."

He aquí un desmentido nada conmovedor:

"ROMA, 19 — El "Osservatore Romano" órgano oficial del Vaticano, declara falsa en todas sus partes la carta publicada del Cardenal Mercier dirigida al general von Bissing. El Cardenal Mercier no ha escrito tal carta."

Parece increíble que se llegue así a fraguar tales mensajes engañando a la opinión, abusando del nombre venerado del ilustre Cardenal Mercier.

No atacamos a nadie, porque ante ese hecho, surgen y desfilan otros sucesos, de distintas procedencias, que denuncian la desaparición completa de los nobles sentimientos del corazón humano. No seremos nosotros los que sostengamos que solo de una parte han venido sucesos indignos y espantosos; de todas partes vienen los ecos desastrosos de acciones indebidas. Para ser imparciales debemos meditar el profundo pensamiento de Pascal:

"Las grandes conmociones, abriendo violentamente el corazón del hombre, descubren su fondo que jamás puede verse sin estremecimientos de horror".

Si se tuviera siempre presente este pensamiento en todo su ilimitado alcance no seríamos aires tan solo con unos; seríamos justicieros con todos.

...

Una de las causas del ascendiente del sacerdote sobre los hombres, es el ascendiente que el sacerdote logra sobre sí mismo. Cuando más habituado está en vencer "al hombre", más reina en el espíritu "de los hombres".

Este pensamiento no es nuestro, es de un sacerdote que fué primero gloria de la Iglesia, y que luego fué rebo de desgraciado, cuando no supo dominar al hombre soberbio que tenía en sí mismo. Hablamos de Lamennais. Reinó admirablemente en el espíritu de sus contemporáneos y especialmente en el elocuente Lacordaire, en el sabio y brillante Montalembert, en el dulce Gerbet, en el piadoso Ozanam, en el historiador Burhachier, y en tantos otros que tuvieron influencia tan extraordinaria en el renacimiento católico francés moderno, mientras él el maestro, el director, era el sacerdote que tenía ascendiente sobre sí mismo, sobre sus pasiones, sobre los defectos del espíritu; en tanto se dominó a sí mismo, pudo reinar en los demás, pero en cuanto fué dominado por su hombre interior, quedó solo en su retiro reinando únicamente en su soberbia. Talento, sabiduría, ¿de qué le sirven a un sacerdote cuando ha perdido la humildad que es su trono y la virtud que es su diadema?

...

Dice "El Día":

"Cuanto más divorcios haya, más razón habrá en mantener la ley, porque sólo a los católicos puede ocurrírseles suprimir los remedios a causa de que aumentan lo senfermos."

Consiga "El Día" que se dicte una ley eximiendo de impuesto a los alcoholeros, y cuando, en mérito de esa ley, los alcoholistas hayan aumentado, riase de quien pida la supresión de esa ley horrorizada ante el aumento de los efectos del alcohol.

Los divorciados y los que tiendan a divorciarse, no serán los ebrios del alcohol, pero serán los ebrios de la sensualidad y del vicio, y esta ebriedad es más peligrosa para la sociedad que la ebriedad efímera con ser ésta tan horrorosa en sus efectos sociales.

Pedir la supresión de la ley del divorcio, precisamente porque aumenta el número de los divorciados, es lo justo y legítimo que se pida la supresión de la ley que eximiera de impuestos a los alcoholeros porque aumentara el número de beodos.

...

Los únicos que no entenderán este raciocinio, son los propios beodos, los beodos del alcohol, como los beodos del vicio. Vaya uno a hablarles de suprimir "su remedio".

Juan de Juanes.

El templo de los Soldados

